





QUINTO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

LAS HORAS QUE PASAN
VELADAS DE AMOR

(1900-1902)

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS. — CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—LAS CANCIONES DEL CAMINO.—GUERNALDAS DE
ROSAS.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN V

FRANCISCO VILLAESPESA

LAS HORAS
QUE PASAN.
VELADAS DE AMOR
(1900-1902)

PRÓLOGO DE JUAN MÁS Y PÍ



MADRID
1916

ES PROPIEDAD

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO

PRÓLOGO

La poética española carecía, desde mucho tiempo atrás, del artista que, habiéndose compenetrado hondamente de las necesidades de su tiempo, supiera ser, y fuese, esencialmente continuador de las cualidades características de la raza. Ninguno de los poetas que en los últimos años habían predominado, supo interpretar acabadamente la manera de ser del sentimiento de un pueblo como el español, donde, á la hora presente, todavía se impone un largo y difícil trabajo de renovación espiritual.

Unos, por exceso de ese rancio españolismo que les hacía mirar con grotesca indiferencia todo lo que no fuese netamente del terruño, cerrando su espíritu á la suprema facultad artística de la perpetua renovación; otros, que por es-

piritu de oposición caían en la parte contraria y se sometían tan completamente á las nuevas fórmulas, que éstas llegaban á ahogar la esencia del propio temperamento; unos y otros, mantenían la poética española en un estado lamentable de inferioridad respecto de las demás del mundo civilizado.

Gran mal ha sido siempre en España el de creernos superiores á todo el resto del mundo, y ha sido un mal, porque esa manera de pensar ha influido en el carácter para quitarle, junto con el descontento de lo ya alcanzado, el supremo anhelo de adelantar un poco más.

Ese orgullo característico del español, que le hace aceptar lo que tiene como lo mejor de lo mejor, si es bueno en cuestiones de política internacional, pues constituye una formidable reserva de fe patriótica, no deja de ser altamente perjudicial en los campos de la inteligencia, en cualquiera de sus manifestaciones.

Hay en ese orgullo una fuente de males graves que se traducen en abandono, pues tanto el poeta que se ve proclamado el mejor de su tiem-

po, por un falso orgullo patriótico, como el industrial que ve elogiados sus productos por la misma causa, inconscientemente llegan á creer verdad lo que no pasa de ser una exageración de mal entendido patriotismo, y creyendo haber alcanzado la cumbre más alta de perfectibilidad, se estratifican: uno, en sus poemas; otro, en sus productos fabriles.

Y así es como la producción normal de la inteligencia es, en un buen término medio, inferior á la del resto de Europa. En España, el primer esfuerzo, siempre que no altere muy rudamente la placidez de las fórmulas tradicionales—y mejor aún si las continúan—, es consagrado como si se tratara del definitivo, y así, naturalmente, no hay adelanto posible.

Por desconocer la necesidad de una marcha hacia adelante, en el cumplimiento de esta fórmula lanzada por D'Annunzio, «rinnovare ó morire», la poética española ha vegetado durante muy largos años en el más absurdo y doloroso de los estancamientos. Todo el siglo XIX, con sus docenas de poetas de raro mérito local, no

ha podido producir en España uno sólo que fuera en verdad digno de la época. ¿Dónde está el Hugo español, de universal resonancia? ¿Dónde está el Carducci, que represente en nuestra lengua lo que en la italiana representó el fiero león de Bolonia? Y no se diga que, perdida la influencia política, España ha perdido también la resonancia favorable á su literatura; porque, si bien, en verdad, ya no tenemos la preponderancia de aquéllos que no veían ponerse el sol en sus dominios, nada de eso hace falta para que una literatura sea de mayor ó menor influencia.

Perdido el dominio material, queda en pie el de la espiritualidad más pura, vínculo que sólo necesita para perdurar, de poetas y escritores, que sepan interpretar como se debe los anhelos y los sentimientos de la época en que viven.

En España, como ya he dejado dicho, el poeta, ó se limitaba hasta hace poco á la repetición de sentimientos, que por muy rancios se le antojaban más castizos, y que en manera alguna compaginaban con la nueva modalidad del espíritu, transformado por las modernas necesidades uni-

versales, ó se dejaba arrastrar por esas mismas innovaciones, sin cuidar de separar aquellas que pudieran ser verdaderamente útiles, las que por ser propias de unos países, no tenían aplicación lógica en las letras españolas.

Necesitábase, por lo tanto, el poeta que con esa noble serenidad de los que obran bajo el mandato de la indefinible fuerza de una adivinación genial, separara todo aquello que en las nuevas y triunfantes escuelas literarias europeas fuese de posible aplicación en la literatura española, modernizándola en aquello de que carecía, que era bastante, y, al mismo tiempo, haciendo que reviviera en lo verdaderamente nacional, es decir, beneficiándola doblemente.

Este poeta, según mi manera de ver y entender el problema, ha sido Francisco Villaespesa, más que el mismo Eduardo Marquina, ese que ha encontrado «el sonoro trotar del Romancero» en sus «Hijas del Cid», y que se ha mostrado enormemente épico en «Vendimión».

Y digo que Villaespesa lo ha sido y no Marquina, porque éste, dada su condición de cata-

lán y su educación literaria eminentemente europea, no puede comprender tan hondamente las emotividades castellanas.

Marquina ha tenido en contra de su españolismo el mismo carácter de su poesía, tan universal por las fuentes de inspiración, en que hasta lo más español ha quedado por mucho tiempo ahogado bajo las enseñanzas bebidas en las demás literaturas.

Villaespesa, por el contrario, ha sido siempre, aun en las mayores exaltaciones de su modernismo, batallador y agresivo, el español puro y neto, el que al invadir tierras extrañas no sólo llevaba á ellas sus costumbres tradicionales, sino que transformaba las del país donde su acción se desarrollaba.

El modernismo de Villaespesa ha sido un modernismo de conquista, un modernismo que ha traído á la poética española todo lo bueno encontrado en las demás literaturas, sin perder ninguna de sus cualidades características; Villaespesa ha entrado á saco en los adelantos poéticos de las letras de Francia y de Italia, sin dejar de ser el mismo,

Ha conquistado, no se ha dejado conquistar; por encima del modernista subsiste el poeta de la España tradicional y romántica, el hombre que pasa un poco despreocupado de las cosas del momento—indiferencia de que no es capaz Marquina—para cantar los bellos ensueños de su juventud. Sintetizando la poesía de Villaespesa, podríamos decir que conservando su fondo netamente español, ha sabido transformar la técnica de sus versos hasta darles toda la flexibilidad del modernismo francés.

Pocas veces, como en Villaespesa, se habrá aunado en igual forma é intensidad el espíritu caballeresco y aventurero del tradicional hidalgo español, con los refinamientos del hombre moderno. Esto da á su poesía un encanto extraño, digno de ser señalado como el posible punto de una nueva modalidad poética en la Península, pues ofrece la peculiaridad de que todo lo extraño á la raza adquiere un extraordinario y más alto valor cuando es depurado por el crisol de nuestro temperamento;

Yo nací con tres siglos de retraso.
Amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía,
vivir en este siglo sin poesía,
ciego de fe... mas sin creer en nada.

Así habla el poeta en uno de sus libros, resumiendo en notable clarividencia todo el esfuerzo de su espíritu y acentuando las cualidades características de su temperamento de hombre de acción, frente a la quietud vergonzosa de una época materialista y fría.

De carácter netamente definido, dentro de lo latino, Villaespesa muestra el orgullo tradicional, pero depurado de exageraciones, en el crisol de una gran comprensión, hecho que suele ser equivalente a un gran dolor.

En todas sus obras pasa la visión del amargo desengaño, y hasta en los poemas donde la vida florece con la lozanía exuberante de lo juvenil, su Musa conoce el ritmo suave y lento de las palabras de dolor y de angustia.

Es la esencia de la raza, batalladora y audaz

siempre, pero cuyos ímpetus tienen hoy regularizada su exteriorización, las pausas del que por haber padecido y sufrido mucho no se encuentra ya con la exaltación de la primitiva y lejana época inexperienced.

Ha dicho uno de sus críticos que la personalidad de Villaespesa es, al parecer, «elegíaca, y, en verdad, íresca, alegre, y si triste á veces, con tristeza semejante á la que nos sobrecoge después de haber amado mucho».

Es el dolor vago, inconsistente, difuso, temor de dolor, más que dolor mismo, que sólo sobrecoge á los que han vertido su sangre y sus lágrimas por todos los senderos del espíritu...

En el «Libro de Job» tiene el poeta algunas de sus composiciones más tristes, más hondas, rebosando el tedio de los grandes misterios. Está en ese poema la angustia torturante de lo desconocido, de un futuro que no nos acertamos á explicar, y que por ello mueve nuestras más pavorosas dilaceraciones mentales:

¿Dónde enterraste el pasado?
¿Dónde te espera el porvenir?
Todas las cosas que has amado,
de amor, tu amor, hizo morir!

¡Todo pasó!... Nadie te nombra...
¿Dónde tus ciegos pasos van?
¿Qué nuevos brazos en la sombra,
para abrazarte surgirán?

Y después de esa angustia del «mañana», tan dolorosa en los que piensan hondo, en los que tienen el amor de su vida puesto en sus obras, Villaespesa se vuelve á la maga de sus ensueños, la dorada juventud, para decirle la triste endecha de lo que pasa y no vuelve:

¡Oh, juventud, vuelve á mi lecho,
tu carne roja de rubor!...
¡Tiendo los brazos, y no estrecho
más que el recuerdo de tu amor!

¡Ojeras vivas del deseo,
seda de flor, pálida tez!...
¡Abro los ojos, y no veo
sino mi propia palidez!

Hay algo de horrible en esa juventud que se

agota en la monotonía de las lamentaciones fúnebres, y que anhela por un descanso final, en que pueda verse libre de los desgarramientos mentales de una época de incertidumbre y de pavor como la nuestra.

Pero donde, indudablemente, Villaespesa ha vertido toda la intensidad lírica de su corazón de poeta, es en los sonetos de su libro «Viaje sentimental», obra que merece perdurar, porque es de las pocas que en nuestra lengua traducen la reconcentración espiritual en que han sido grandes maestros los líricos portugueses.

Villaespesa dice la tortura de un amor desvanecido, y á veces, su lirismo llega á lo más hondo del espíritu:

Los que visteis salir por vuestra puerta
para siempre, en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta,
todos los sueños de la juventud.

Los que, de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto, en vuestro lecho, al ver
junto á vosotros un lugar vacío,
¡esperando á quien nunca ha de volver!

Los que soñasteis y encontrasteis una
mujer que por encanto ó por fortuna,
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallasteis sin abrigo,
¡venid á solas á llorar conmigo,
porque de todos es este dolor!

Hay una extraña y desolada amargura en este libro, que parece decir en el idioma castellano las torturas que llevaron al suicidio al gran lirico portugués Anthero de Quenthal.

Y la comparación no surge solamente porque Villaespesa reproduzca en ese libro los paisajes luminosos de Coimbra, sus chopales, el plateado Mondego, las tricanas y los estudiantes, sino porque la esencia de esos versos tan doloridos, tan amargos, es pura y exclusivamente propia de ese romanticismo sentimental de los portugueses, en quienes influye un paisaje de melancolía y una historia de tristezas. Y así, en la comprensión del alma recóndita del pueblo que complementa las virtudes gallardas y varoniles de España, Villaespesa ha podido llegar á toda esa alta

concreción de las cualidades de la raza que laten en sus versos.

Subjetivo en grado extremo, si sabe pintar concisamente un bello paisaje y describir un cuadro luminoso lleno de coloridos meridionales, su gran cualidad, empero, consiste en la evocación de estados de alma, con tal fuerza y vigor expresados, que no tienen comparación en las letras españolas, debiéndose recurrir á los que más hondamente han interiorizado en el espíritu humano, en Maeterlinck, por ejemplo.

Dice en cierto lugar:

Siento un leve rumor sobre la alfombra
que acarició su pie, y en el sofá
donde soñó conmigo, ahora su sombra,
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras, todos duermen en la casa,
y el péndulo palpita en el reló,
ella la historia de mi amor repasa,
y llorando, á sus pies, la escucho yo.

— ¿No te acuerdas? — suspira á mi deseo...
Y abro los ojos, pero no la veo...
Tan sólo el tiempo late en el reló...

¡Y estremecen la paz de la calleja
los ecos tristes de una copla vieja,
llorando á alguna novia que murió!

Villaespesa ha sido y será por mucho tiempo el poeta de un momento de nuestro vivir de agitaciones y de tristezas, habiéndole bastado cantar las amarguras de su propio corazón de hombre, para sintetizar los anhelos de una raza en su empeño de dignificadora actividad.

Es, hoy por hoy, el artista que dentro de todo el movimiento llamado modernista, ha sabido mantener en pie las virtudes caras á la tradición.

Sus poemas, que fueron ayer de un misticismo desolador, poco á poco vuelven á sentir el encanto glorioso de la vida, haciendo esperar una magnífica cosecha lírica.

«Soy un sultán poeta», dijo en uno de sus libros. Nosotros debemos pedir, para gloria de las letras castellanas, que las cautivas de su harén, como las musas de que habla Darío, sientan, por siempre, el despótico poder primero del creador...

JUAN MÁS Y PÍ.

LAS HORAS QUE PASAN

(1900-1903)

LA CANCIÓN DE LA VIDA

A JUAN HÉCTOR

El eco melancólico de mi canción doliente,
ahora no hará que inclines la pensativa frente

sobre el devocionario de las Meditaciones...

Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales;

los espejos reflejan paisajes orientales,

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas, que, aleteando, quieren alzar el vuelo,
para cantar la Vida bajo el azul del cielo!

En el aire hay caricias... La campiña está en fiesta;
un incendio de púrpura llamea en la floresta,

y revoloteando, en las torres vecinas,
parece que nos hablan de amor, las golondrinas...

¡Abandona, poeta, castillos medioevales,
donde encantadas sueñan princesas ideales;

ojos sin sol, de vidrio: mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas!

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un fru-frú de encajes y seda que se aleja;

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia!

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente!... Esa desconocida
que el azar á tus brazos ha arrojado, es la Vida...

Mañana será otra, igual ó indiferente;
morena, rubia ó pálida, insensible ó ardiente!

Será acaso más bella, quizás será más loca...
¡Darás el mismo beso aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate... Es un festín la Vida!

Sonríe eternamente — es un sabio consejo —
al placer, como un niño, y al dolor, como un viejo!

La luz fulge... Se pueblan los aires de canciones...
Es la hora bendita de las Iniciaciones...

El sol, como una inmensa y lúbrica mirada,
incendia en un relámpago de luz á la enramada...

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento,
y se besan los árboles á los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores!...

¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales flores!

¡Aún hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, digno de recibir tu beso!



LAS VIRGENES

Á RIBEIRO DE CARVALHO

La tierra florida
parece que espera
à la prometida
del más bello ensueño de la Primavera.

¡Manos sensuales,
al campo, á bañaros
de aromas carnales!

¡Bocas lujuriosas,
al campo, á besaros;
rosas entre rosas!

Las rosas en todo piadosas florecen:
á los rostros pálidos de nuevo enrojecen;
dulzuras y aromas dan á las abejas;
son en los jardines tálamos nupciales;
perfumas los claustros, y alegran las rejas
de los calabozos y los hospitales!

Coronan las negras cruces de las fosas,
en donde las vírgenes que nunca una mano
blanca acariciara, duermen silenciosas,
una voz de amores esperando en vano.

Al pie de los sauces yacen enterradas,
envueltas en velos, y presentan todas

de azahar las pálidas sienes coronadas,
igual que si fuesen vestidas de bodas.

Y bajo la tierra, libres de pasiones,
un único ensueño, sueñan silenciosas:
¡que sus corazones
cuando llegue Mayo, florezcan en rosas!

Y esperan las manos trémulas é inciertas
que las acaricien, las bocas lascivas
que les den los besos que soñaron vivas,
y que hoy en las tumbas, aún aguardan, muertas!

HORAS FUGACES

I

En las fiestas de un momento
se durmió mi pensamiento
en tus brazos, vida mía...
¡En las fiestas de un momento
perdí toda mi alegría!

Juventud, ¿dónde te has ido?
¿En qué lecho te has dormido
que mi voz no te despierta?

Juventud, ¿dónde te has ido,
en qué tumba yaces muerta?

Incansable pasajero,
á la vuelta de un sendero
unos ojos brillar viste...
Incansable pasajero,
¿por qué el paso detuviste?

El encanto de un momento
embriagó tu pensamiento
y quedaste adormecido...
¡El encanto de un momento
para siempre te ha perdido!

II

Un perfume melancólico
de amores deshoja el viento.

Rosas de fuego que sangran
entre la nieve de un seno;
ojos cerrados al mundo
y sólo para mí abiertos;
labios que esperan temblando
la iniciación de mis besos,
manos blancas que me llaman
agitando su pañuelo...

¡Muy pronto iré! Tan callados
serán mis pasos, tan quedos,
que no los oirá el Arcángel
vigilante de tu sueño...

El mar azul... La latina
vela tendida á los vientos;
y el resplandor de la lámpara
en la paz del aposento;
y tus ojos en mis ojos,
y tus besos en mis besos;
mis brazos á tu cintura
y tus brazos á mi cuello...
¡Y todo como soñado
en el fondo de un espejo!

SOLEDAD

La luz verde, al filtrarse
por la persiana abierta,
daba al salón un húmedo
reflejo de caverna.

Yo sólo...

Sonreía

á una esperanza vieja
que siempre en la penumbra
de algún rincón me acecha

para brindarme el fruto
de alguna dicha nueva...

Y le dije á la sombra:
— ¿Por qué lejos? Acerca
tus labios á mi oído,
y háblame, bajo, de ella...
¡Tan bajo que ni el viento
averiguarlo pueda! —

En la estancia vecina
despertaron las teclas;
y su doliente música
me evocó la tristeza
de los niños que lloran
por coger una estrella!...

S O M B R A

En las horas más tristes
de la vida, te siento
acercar á mi oído
tus suaves labios trémulos,
y decirme tan bajo
como en un pensamiento:

— ¡La hora ha sonado... Espera...
Ya se acerca...

La veo
alzar en la llanura
su humareda de incienso!...

Deshojan sus sandalias
los rosales del huerto...
Desempolva su túnica
los antiguos espejos,
y se acerca, á besarte,
con los brazos abiertos! —

Y al levantar la vista
siento como un pequeño
rumor de seda que huye,
y miro en el espejo
esfumarse su sombra
igual que un pensamiento!...

HOJAS SECAS

El jardín desierto,
húmedo... Las sendas
encharcadas... Flotan
jirones de niebla...

El parque está solo...
La fuente se queja;
y olvidado sobre
un banco de piedra,
se deshoja un ramo

de rosas. La tierra,
aterida y húmeda,
parece una muerta
que en la sepultura
á pudrirse empieza...

La vida es fatiga,
lágrimas, tristezas;
ojos que se abren
y ojos que se cierran...

¡Con las pobres almas
lento el viento juega:
las lleva y las trae
igual que hojas secas!

ESTRELLA LEJANA

A veces entre los árboles
brilla fugaz á lo lejos .
una luz verdosa y trémula
como la luz de un lucero.

¿Alguna virgen que espía
en el nocturno silencio
los leves pasos de seda
de algún presentido ensueño?

¿Un poeta melancólico,
que embriagado de silencio
cincela joyas nupciales
en el oro de sus versos?

¿Brilla en las pupilas tímidas
que á la existencia se abrieron,
ó fosforece en el turbio
cristal de unos ojos muertos?

La luz se apagó de pronto
como temblando de miedo...

Turbó la paz de los campos
el ronco aullar de los perros,
que, avizores rastreaban,
en las fragancias del viento
los pasos de algo invisible
que se perdió en el silencio!

MUSICA DE OTOÑO

El piano de Otoño se queja;
y su queja tenaz y angustiosa,
con las aves de paso se aleja
en la tarde de azul y de rosa.

Bajo el sol la alameda se enciende;
y temblando en el aire sonoro
lentamente, hasta el suelo, desciende
el dolor de su llanto de oro!

Llora amores la lírica queja
al rozar del marfil de sus manos..
Bajo el pie la hojarasca se queja
con quejidos y gritos humanos.

Suena el hacha en el bosque desierto,
mientras dobla en la torre lejana,
por alguna doncella que ha muerto,
el metal de la vieja campana.

Del Otoño en la tarde serena,
al conjuro fugaz de su mano,
el piano le dijo su pena
y ella dijo su pena al piano!

LA PRINCESA ENCANTADA

Á ALFREDO GUIMARAES

Por mis viejos jardines de Oriente
ha cruzado una ráfaga helada.
A la Luna, suspira la fuente
como alguna princesa encantada.

Todo un canto de amores salmodia;
se deshoja el rosal agostado,
y despierta el dragón que custodia
el cancel del jardín encantado.

¡Oh, gallardo y gentil caballero,
que llegaste buscando un tesoro,
de un remoto país extranjero,
empuñando tu alfanje de oro;

no traspases los viejos umbrales!...
Al que pasa, el dragón le da muerte
con sus rojas pupilas fatales,
y en un triste ciprés le convierte!

Aún amigas te son las estrellas,
aún está tu esperanza florida...
¡No persigas ensueños, que aún bellas
realidades te guarda la Vida!

¡Sólo aquel que no teme la Muerte,
porque todo lo tiene perdido,
puede, viejo jardín, conocerte,
y en tus frondas hallar el olvido!

Solo aquel que ni sueña ni siente,
es capaz de matar con su espada
al dragón que custodia la fuente
donde está la princesa encantada...

Sólo él puede enjugar ese llanto
que hace siglos resuena constante...
¡Pero tema, al romper el encanto,
que la bella princesa lo encante!

RITORNELOS

I

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.

Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero:
— ¡Mañana como la vea
le diré cuánto la quiero!...

Y cuando á ti me acercaba,
te miraba, te miraba,
y á hablarte no me atrevía

de aquel tímido cariño ...
¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!

II

¡Volved otra vez á veros
desde lejos, sin turbaros,
ojos azules y claros
de mis amores primeros!...

¡Oh, Margarita, hilandera
de mis ensueños lejanos,
ya no jugarán mis manos
con tu blonda cabellera!

¿Quién eras?... ¿Adónde fuiste,
único amor rubio y triste
de mi niñez sin amores?...

¡Volved de nuevo á miraros
desde lejos y entre flores,
ojos azules y claros!

III

La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras...
Yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.

Estabas en el convento,
y yo sus muros rondaba,
por ti preguntando al viento
que tu aliento respiraba.

Y soñaba mi deseo
con la escala de Romeo,
bajo la clara fragancia

de primaveral aurora...
¡Oh, ruiseñor de mi infancia!
¿En dónde cantas ahora?

IV

¡Oh, pobre amor!... ¿Dónde has ido?
Esta mañana en mi huerto,
entre rosas, junto al nido,
encontré un ruiseñor muerto.

Vendrán otros ruiseñores
mi Primavera á alegrar,
pero aquel muerto entre flores,
jamás volverá á cantar!

¡Corazón, corazón mío,
muere de angustia y de frío
con tus recuerdos de amor!

Calla!... Suspende el aliento...
Un canto tiembla en el viento...
— ¡Pero no es mi ruiseñor!

V

Entre las gentes me veo
siempre á solas con mi llanto,
igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

Como nadie me quería,
cifré en ti mi único empeño,
¡oh, rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!

De mi pasión te reiste...
Y de nuevo quedé triste,
á solas con mi deseo,

siempre ocultando mi llanto,
igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

VI

No quiero verla á mi lado
de nuevo, pues si la viese,
acaso ya no tuviese
aquel encanto pasado.

Su imagen tiene el misterio
y el amor de aquella hermana
que en una tarde lejana
llevaron al cementerio.

¡Oh, el recuerdo!... En la distancia
es más dulce su fragancia!...
Pasó, y me dejó su huella,

y verla otra vez no quiero...
¡Ya no soy yo, ni ella, aquella
visión de mi amor primero!

ORACIÓN

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen María
su pena veía
llorosa y callada.

Las manos de una
palidez de luna,
en cruz. La mirada
tímida y sincera
perdida en el cielo,

y su cabellera
rubia y destrenzada
flotando hasta el suelo!

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen la oía
llorosa y callada.
Ella le decía
suspirando queda:

—¿Por qué, Madre mía,
por qué en mi ventana
su escala de seda
no vió la mañana?

¿Qué dolor cruento
ha roto estos lazos,
que hoy cantar no siento
la alondra en sus brazos?

¿Por qué en sus pupilas
no contemplo ahora,
temblar las tranquilas
luces de la aurora?...

¡Por esos puñales
con que os han herido,
por todos los males
que Cristo ha sufrido;

por tantos excesos,
por tanto quebranto...
¡que vuelvan sus besos
á enjugar mi llanto!...

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen María
su pena veía
llorosa y callada.

LA CIUDAD MUERTA

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas. Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas... Ni una sombra,
ni una luz, ni una queja.

El musgo crece en las ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

¡Silencio secular, ciudad sin vida,
elegía de piedra
que llora el abandono de una raza,
que á Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

LA CASA MUERTA

Á SANTOS TAVARES

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.
Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma á las ventanas...
¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo á la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...

¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved á vuestras tumbas solitarias!

¡El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y á la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas!

LA HORA FAMILIAR

A ALFONSO GAYO

Ya no se ven tras los cristales
que incendia el sol del Mediodía,
los rostros pálidos, las manos
blancas y exangües de las niñas
que en las serenas tardes, bordan;
ni en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de una lámpara
sobre la paz de la familia.

Están cerradas las ventanas,
y melancólicas las brisas
de Otoño, húmedas deshojan
la enredadera ya marchita.

¡Adiós, le dije á la ventana,
donde en lejanas despedidas
tembló de miedo por la ausencia
su blanca mano entre las mías!

La casa duerme. Los cristales
copian el rostro de otras niñas
que bordan lentas, en la tarde;
y en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de otra lámpara
sobre la paz de otra familia!

FANTASÍA MORISCA

A ALFREDO MURGA

El reloj encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
su lóbrego encierro.
La feroz pupila
se revuelve inquieta.

A quien mira, mata.
La mano de hierro
crispada aún, sujeta
la llave de plata.

Lenta el agua llora;
y la reina mora,
sola con su llanto,
espera el acero
del joven guerrero
que rompa el encanto.

Pálida y sumisa,
bajo una palmera,

con su peine de oro
y marfil, alisa
el negro tesoro
de su cabellera!

El reloj encantado
retumba la una.
Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora!

MYOSOTIS

Á ENRICO CORRADINI

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...

Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que á la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida!

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna senda, se apaga el eco de unos pasos distantes, y de los negros árboles las sombras ondulantes tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una escala monotóna de notas vacilantes, el surtidor aventa su polvo de diamantes temblando bajo el pálido resplandor de la Luna.

El alma solitaria de Chopín, de una mano enferma á las caricias, preludia en el piano los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
La última luz se apaga, y en la selva sombría palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora!

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda...
Y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume á los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...

No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que al contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño!

IV

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
penetra tembloroso un rayo de la Luna,
envolviendo la estancia melancólica, en una
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
vuela una tenue esencia, un perfume bendito,
que recuerda aquel vago perfume favorito
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

á la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente á la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor á sepultura.

Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va **extinguendo**. El tiempo se oye apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas...
Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje á la Luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

—Do, Re, Mi, Fa... — La virgen da lección de solfeo.
Sobre el atril abierto donde el método ondea,
siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
el lirio de sus manos que en las sombras blanquea.

—Fa, Sol, La, Si... —Su acento diluye una fragancia
sutil, cual si de pronto por una vidriera
rota, llegase tibia á alegrar nuestra estancia
una fragante y cálida brisa de Primavera.

— Sí, Do, Re, Mi... — Suspiran los labios infantiles.
¡Oh, Amor, Amor romántico de mis catorce abriles!
Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho..
¡Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón que quería saltárseme del pecho!

VII

Tienen estos jardines esa lujuria triste
y caduca del último beso de despedida.
Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
y en el beso se pierde la noción de la Vida.

El aire es como una tibia mano de seda
que nos va adormeciendo á fuerza de caricias;
y en la sombra del verde sueño de la arboleda
hay bancos solitarios y altas hierbas propicias.

Edén de encantamientos; fabulosos jardines
con músicas de aguas y aromas de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,

hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida,
y proseguir besándose á través de la Muerte!

VIII

Ten para todo, amada, una misma sonrisa,
porque todo es lo mismo, los astros y las rosas,
el huracán que atruena y la fragante brisa...
En todo la infinita vanidad de las cosas.

Es tan breve el camino por donde caminamos
que no vale la pena de pararse un momento...
Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento!

El dolor es la sangre que corre por las venas;
nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...

Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
Goza tu dicha: muerde la fruta del camino
antes que de madura caiga podrida al suelo!

IX

Desde las atalayas resonó la trompeta
de oro, que al oído anuncia tu llegada,
y para recibirte, el alma del poeta
se vistió como una virginal desposada.

Como á través del humo de fragante incensario,
entre nubes de polvo, en la senda fulgía
tu belleza en el solio dorsal de un dromedario,
toda resplandeciente de luz y pedrería.

Las trompas te aclamaron con estruendo, y un coro infantil cantó un viejo epitalamio de oro...

Llovieron rosas blancas en el aire tranquilo;

cruzó ante tí un guerrero desfile de legiones,
y al pisar tu pie el blanco mármol del peristilo
te saludó un salvaje rugido de leones!

A U R O R A T R I S T E

Á ALEJANDRO SAWA

I

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana trina,
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas y las ventanas todas
sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...

¿Un poeta que escribe canciones á su amada
ó una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando va á extinguirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse!

VELADAS DE AMOR

(1901-1903)

VAGUEDAD DE OTOÑO

oy quiero que los versos que cantan tus amores
cargan la vaga música monótona y doliente
de la lluvia que cae melancólicamente,
deshojando en el viejo jardín las mustias flores.

Le diré frases ténues igual que esas neblinas
que le dan al paisaje la humedad de su aliento,
entre las pesadumbres del cielo conciente
mis sueños tendrán fugas de raudas golondrinas.

La fiebre de mis ojos; las manos afiladas
y exangües; las mejillas pálidas, demacradas;
esta tos cavernosa que mi labio ensangrienta;

el otoñal crepúsculo, melancólico, inerte,
y esa vieja campana que dobla sonnolenta,
mejor que yo han de hablarte del Amor y la Muerte!

VELADAS DE SUAVIDAD
Y DE TRISTEZA

HORAS GRISES

Horas grises... ¡Oh manos
pálidas de las tísicas,
manos idealizadas,
manos de sensitivas,
que en estas horas lentas,
sin sol y sin caricias,
sobre algún seno inmóvil
os cruzáis ateridas!

Horas grises... ¡Oh enfermas
y apagadas pupilas,

que á través de los vidrios
de los asilos, miran
con pavor á la sombra
que tenue se desliza
por los balcones, como
la Muerte por la Vida!...

Horas grises... Sangrientas
horas de los suicidas,
del amor y del crimen
y de las agonías!...

Horas grises... ¡Oh amada,
mi pobre amada tísica,
esas serán tus horas,
porque esas son las mías!

¡PIETA, SIGNOR!

A FRANCESCO ROCCHI

¡Pietá, signor!, la música
solloza.

¡Pietá, signor!, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implóra.

Es el grito del náufrago
que hundido entre las olas
su mano alza, buscando
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma
que gime temerosa
viéndose en el silencio
amenazada y sola...

¡Amada! Sé tú siempre
bondad, misericordia!...

¡Arrodillada reza
por todos los que lloran,
por todos los que sufren,
por esas almas solas
que perseguidas buscan
un refugio en tu sombra!...
Ten siempre para ellas
la sonrisa en la boca...

Jamás la tierra verde
vuelva á tornarse roja...

El mundo entero sea
una familia sola!

¡Pietá, signor!, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora

PAGINA BLANCA

A AUGUSTO GIL

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva.

A través del velo
que en el aire tiembla,
de espuma y de encaje
son las arboledas,
y los copos trémulos
al caer, semejan
lluvia de azahares,
mariposas muertas,



Las voces se apagan...
Tienen la incoherencia
de palabras dichas
entre sueños...

Ciega
el paisaje...

El alma
de blancura enferma,
se duerme en su sueño
de eterna pureza...

¡Oh, cándidas frentes
de azahar cubiertas!...

La tarde agoniza...
¡Parece la tierra
— bajo la nevada —
una novia muerta!

CREPUSCULO

A ADELAIDE BERNARDINI

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

Yo siento una tristeza
infinita y huraña,

recordando la cuna
de los niños... la caja
donde el último sueño
duerme la vida humana!

Ella, el triste crepúsculo
contempla, muda y pálida;
y tenue el viento mueve
lentamente las páginas
de un libro que olvidado
yace sobre su falda!

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras ahogando
su son en las distancias,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha!

PERFUME DE OTOÑO

A ALFREDO BLANCO

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas.

La enferma, sentada
al balcón, se mira
las pálidas manos,
exangües y finas.

Y al sol, en la nieve
de los dedos brilla
el rubí de una
dorada sortija.

Florece en sus labios
amarga sonrisa,
y una leve lágrima
tiembla y se desliza
lenta por las pálidas
y enfermas mejillas.

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas!

ENSUEÑO DE UN CREPUSCULO
DE ESTÍO

A compás de un sonoro
repique de campanas,
sobre la tierra verde
y florida, se alza
con las alas al viento
tímida visión blanca.

Los pliegues de su túnica
en el aire resbalan,
y un perfume de ensueños
esparce sus fragancias
en el aire tranquilo
de la tarde callada.

Lentamente, á borrarse
empieza en la distancia

la visión, á los sonos
de una música lánguida
de violines...

Tan sólo
distingue la mirada,
al borde de la túnica,
leve pie sin sandalias...

Un breve pie de nieve
que una noche lejana
retuve prisionero
entre mis manos pálidas!...

En el azul tranquilo
la tenue visión blanca
se extingue con el eco
de la última campana,
mientras sobre los campos
lenta la luz se apaga,
y en el cielo arde una
estrella solitaria.

MADRIGAL

En el claro remanso
de la clara corriente,
se refleja el molino
blanqueando entre las verdes
alamedas...

En una
ventana floreciente,
se asoma una curiosa
carita sonriente...
¡Oh, serena poesía
de los remansos!... Tenue

perfume de frescura
en las horas de fiebre
estival... A tu lado
mi corazón se duerme
escuchando la húmeda
canción de tu corriente!...

La vida pasa... Suena
en las florestas verdes
un rumor de guitarras
y canciones alegres...

¡Oh, sereno remanso
de la clara corriente!...
¿Te acuerdas de aquel rostro
más blanco que la nieve,
que una tarde, á mis besos,
se encendió de repente,
como una flor de llamas
entre el ramaje verde?

PASTORELA

¡Tardes de Primavera;
alegres fiestas, danzas
sobre los verdes prados,
bajo las frescas hayas,
á los rústicos sonos
de pastoriles flautas!

Pensativas las vírgenes,
en los hombros las ánforas,
regresan de la fuente...
Han visto entre las ramas

llamear las pupilas
del viejo Amor que pasa.

En la brisa han oído
suspiros y palabras
inolvidables... Besos
que las dejaron pálidas
y ojerosas... Y sienten
anhelos y nostalgias
de algo que hace á sus senos
temblar, entre la gasa
de los corpiños, como
palomas asustadas.

Suspiran tristemente,
y silenciosas pasan
perdiéndose en las verdes
veredas solitarias,
entre el polvo de oro

de la luz que se apaga,
mientras rezan el lento
Angelus las campanas...

¡Tardes de Primavera;
alegres fiestas, danzas
sobre los verdes prados,
bajo las frescas hayas,
á los rústicos sonos
de pastoriles flautas!

NOCTURNO DE RUISEÑOR

— Ruisenñor, que á mis rosales,
vienes á entonar tus cantos,
en tus vuelos fugitivos,
¿acaso viste á mi amado?

— Le escuché llorar tu ausencia
en el bosque solitario,
y de él aprendí los trinos
que en tu rosal he cantado.

— Agua de plata del río,
que cruzas serena el prado,
¿reflejaste en tus cristales
la triste faz de mi amado?

— Le vi agonizar de pena,
y mi corriente han formado
las lágrimas silenciosas
que por tu ausencia ha llorado!

NOCTURNO

La noche se desliza
por la abierta ventana.

Los muebles, las molduras,
lentamente se apagan,
y en las sombras se duerme
de silencio la casa...

En el péndulo sueña
el tiempo. La palabra
de miedo no se asoma
á los labios. Se bajan

los párpados, y en medio
de tinieblas, el alma,
sintiendo temblorosa
crujir bajo su planta,
el puente que la vida
de la muerte separa,
se pierde en el ensueño
de las cosas lejanas...

Retiembla el eco sordo
de ronca campanada...

Se abren las temblorosas
pupilas asustadas,
mirando entre las sombras
que envuelven á la estancia,
como en una laguna
de silenciosas aguas,
temblar en los espejos
las estrellas lejanas!...

I N V E R N A L

La luna de Enero
el valle amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

Los árboles... Todo
parece que calla
oyendo la eterna
música del agua
que, voz de la tierra,
sus amores canta.

Es noche de encantos...
Hasta las estatuas
del parque parece
que en silencio hablan.

El paisaje espera
no sé qué... Y el alma,
en tierra el oído,
parece que aguarda
oir en el silencio
las leves pisadas
de un sueño imposible
que viene á alegrarla...

La luna de Enero
el parque amortaja
en su tembloroso
sudario de plata!

ACUARELA

Música de violines
lejanos. En el viento
un perfume de rosas
marchitas. En el cielo
sombras de golondrinas
que se alejan...

Un sueño
de Otoño: un viejo parque
con árboles muy viejos,
y sobre el claro lago
un joven gondolero

que una canción de amores
canta al compás del remo,
mientras arde en las ondas
el sol como un incendio...

NOCHE DE INVIERNO

En medio de las ráfagas
del huracán airado,
en la noche, la casa,
parece un débil barco
luchando con las olas
de un mar alborotado.

¡Perdón, Señor! Acude
la plegaria á los labios;
se doblan las rodillas,
los ojos vierten llanto,
y al cielo se alzan juntas
las suplicantes manos...

¡Piedad, Señor! Recemos
por los extraviados
viajeros que la noche
sorprendió en despoblado...

Por todos los ausentes,
y hasta por esos náufragos
de la vida, que duermen
ocultos y olvidados
al pie de los cipreses
del viejo camposanto!...

En medio de las ráfagas
del huracán airado,
en la noche, la casa
parece un débil barco
que lucha con las olas
de un mar alborotado.

LOS OJOS MUERTOS

El estanque desolado
en mitad de la llanura
copia el cielo en sus pupilas
de aguas turbias.

Un cielo sucio de barro
que nos pesa y nos angustia,
como si fuese la losa
de una tumba.

Una voz murmura: —¿Cuándo?
y otra voz responde: —¡Nunca!

y las dos voces se extinguen
en la bruma.

Entre juncos, reflejando
las negras nubes que cruzan,
es como el ojo de un muerto
la laguna!

LA CANCIÓN DE LAS HOJAS

Mi alma dolorida
para siempre olvida
tristezas y amores
que le atormentaron...

¡Otoñales flores
que se deshojaron!

Sueños sin fortuna;
embriaguez que mata...
Blanca serenata
perdida en la Luna!...

¡Oh, palabras locas,
que me consolaron!...
¿Dónde están las bocas
que las pronunciaron?

Mirada traidora!...
Ojos inconstantes,
¿en qué ojos amantes
os miráis ahora?

Extasis lejanos!...
Manos de otros días,
hoy, ¿entre qué manos
recordáis las mías?

¡Alma desolada,
perderte, cansada,
en la húmeda angustia
de Otoño te siento,
como una hoja mustia
que vuela en el viento!

Tristes caminantes
que cruzáis errantes,
llenos de congojas,
las sendas desiertas...
¡No pisad las hojas,
que son almas muertas!

ENSUEÑO DE UNA MAÑANA
DE PRIMAVERA

El sol al paisaje
baña en luz dorada...

Y su luz de encaje,
tibia y perfumada,
lentamente dora
la pálida frente,
las trenzas sedosas,
de una soñadora
que de un floreciente
rosal, corta rosas.

Al cogerlas, canta
baladas de amores...
Hay en su garganta
voz de ruseñores.

Tiene la pupila
aun más transparente
que el agua tranquila
de la clara fuente.

Y su mano leve
entre las pomposas
flores, es de nieve
con sangre de rosas.

¿Qué dolor aqueja
su voz angustiada?
Una pena vieja,
de vieja, olvidada!

— Mi amante ha llegado...
¡Sostenedme, flores,
que al ver á mi amado
me muero de amores! —

¡Oh, voz hechicera!
¿En dónde te he oído?...
Fué un sueño florido
de la Primavera!

CANCIÓN DE JUVENTUD

— Es la hora de cantar...
¡Alégrate, corazón,
y consuela tu pesar
con la más dulce canción!

Canta el dolor de tus penas
y el gesto de tu desdén...
¡A compás de sus cadenas
el preso canta también!

¿Qué importa que los dolores
mustien tus sueños en flor?
¡Se ciega á los ruseñores
para que canten mejor!

Goza la paz del momento;
las rosas pronto se van,
y si hoy no aspiras su aliento
mañana se secarán!

Muerde la fruta madura,
corta las rosas en flor...
Menos que las rosas dura
la Juventud y el Amor.

Olvida cuanto has pasado...
¡Alégrate, corazón!
Canta tu canto... ¡Ha llegado
el tiempo de tu canción! —

Así cantando, al sonoro
compás del viejo laúd,
en su góndola de oro
pasó nuestra Juventud;
y al escuchar sus canciones
fugaces, más de una tez
tras los góticos balcones
se cubrió de palidez...

RESPONSO

De mis jardines las flores
el Otoño deshojó...
La estación de los amores
ya pasó...

Por los que murieron, llora
una campana al doblar...
De rezar esta es la hora...
¡Corazón, ponte á rezar!

¡Qué pronto se deshojaron
tus esperanzas de ayer!...
Las golondrinas volaron
para nunca más volver.

Mientras tu labio ofrecía
á mi labio un beso en flor,
aullar un perro se oía...
¿Se irá á morir nuestro amor?

Por los que murieron llora
una campana al doblar...
De rezar esta es la hora...
¡Corazón, ponte á rezar!...

RIMAS DE AMOR

I

Turbia de sombra el agua del remanso
reflejó nuestras trémulas imágenes
extáticas de amor, bajo el crepúsculo,
en la enferma esmeralda del paisaje...

Era el frágil olvido de las flores
en el azul silencio de la tarde,
un desfile de inquietas golondrinas
sobre pálidos cielos otoñales...

En un beso muy largo y muy profundo
nos bebimos las lágrimas del aire,
y fueron nuestras vidas como un sueño
y los minutos como eternidades...

Y al despertar del éxtasis había
una paz funeraria en el paisaje,
estertores de fiebre en nuestras manos
y en nuestras bocas un sabor de sangre...
Y en el remanso turbio de tristeza
flotaba la dulzura de la tarde,
enredada y sangrante entre los juncos,
con la inconsciencia inmóvil de un cadáver.

II

Brindándome el tesoro de tu risa
arde tu boca roja entre las flores,
y es más intenso que el de los jazmines
el fresco aroma de tu carne joven.

Florece en la frialdad de tus mejillas
toda una primavera de rubores..

La insinuación madura de tu seno
las blancas gasas del corpiño rompe,

y brindan en el pico sus palomas
los rojos frutos del eterno goce...

Bajas los ojos al mirar los nidos,
tiemblan tus manos al tocar las flores...

III

Eres como un remanso en cuyos claros
cristales transparentes se refleja,
bajo la paz celeste de los cielos,
la verde ensoñación de la floresta.

Como un niño me postro ante tus plantas,
reclino en tu regazo la cabeza,
y mientras siento palpitar tu pecho
y con mis rizos tus caricias juegan,
cierro los ojos y lo olvido todo...

¡Oh, amor de mis ensueños, quién pudiera
ser como una naranja entre los dientes
de tu boca sedienta!

Abandonar la vida entre tus manos
como un pequeño ramo de azucenas,
para que al deshojarse perfumara
la noche de tu obscura cabellera!

IV

Insaciables los labios absorbían
el alma en el perfume de tu aliento...

Un suspiro apagado
en la sonora eternidad de un beso,
un olvido absoluto de la tierra
y un fugitivo éxtasis del cielo!...

No supe cómo fué... Sólo que había
bajo nosotros un olor á heno:

un ruiseñor cantaba, las estrellas
temblaban en la plata de los cielos,
y la luna fugaz resplandecía
en el abismo de tus ojos negros!

ANUNCIACIÓN

Nuestro hogar es un sueño. La lámpara ilumina
tenuemente la alcoba. La larga noche empieza.
Yo leo á D'Annunzio, y ella, arrodillada, reza
delante de una arcaica Madona bizantina,

Una azucena mustia en un gomil de China
inclina, deshojándose, su mística belleza,
y en el tic-tac del péndulo palpita con tristeza
el corazón del tiempo que sin cesar camina.

Me interroga, de pronto, con voz baja y doliente...

La levanto temblando y la beso en la frente...

Me estrecha entre sus brazos en locas convulsiones,

y un nombre dulce y santo — toda rubor — exhala...

Fué entonces cuando, tímido bajo el candor del ala,
habló á su oído el Arcángel de las Anunciaciones!

EL POEMA DE LA CARNE

Tú serás la Sulammita
y yo seré Salomón...
Mi sed de amor infinita
saciaré en tu corazón.

De la aurora á los fulgores
á buscarte al huerto iré,
persiguiendo entre las flores
las señales de tu pie,

Un olor á Primavera
entibia el aire. Te espera
temblando mi corazón...

Es la hora de la cita...
¿Por qué niegas, Sulammita,
tus besos á Salomón?

II

Cuando me dices: —¡Soy tuya!—
Tu voz es miel y es aroma;
es igual que una paloma
torcaz que á su macho arrulla.

Sobre mi mano dormida
de tu nuca siento el peso,
mientras te sorbo, en un beso,
todo el fuego de la vida.

Cuando ciega y suspirante
tu cuerpo recorre una
convulsión agonizante,

adquiere tu faz inerte
bajo el blancor de la luna
la palidez de la Muerte!

III

Nuestra cámara envenena
un perfume sensual
de nardo y carne morena...
La lámpara de cristal

el último soplo espera;
y junto al blanco ajimez,
sobre una piel de pantera,
florece tu desnudez.

Sediento de besos veo
temblar tus carnes morenas;
y la fiebre del Deseo

esculpe como á cincel
el relieve de tus venas
sobre el bronce de tu piel!

IV

Ya, sin poder hablar apenas,
con turbios ojos seguí el
curso azuloso de tus venas
bajo las sedas de la piel.

Tu desnudez palidecía
bajo el ardor de mi mirar;
tu labio inmóvil no podía
ni sonreír ni suspirar.



Por los calados ajimeces
doró la luna los despojos
de tus mortales palideces...

Y á su reflejo sideral,
vi florecer claveles rojos
sobre mi tálamo nupcial!

V

Las claras lunas de Oriente
vieron á mi dromedario
el paisaje solitario
atravesar lentamente.

Y aprendieron los leones
de los rojos arenales
tu nombre, en las sensuales
nostalgias de mis canciones.

¡Hoja de menta en la boca
en horas de sed!... Evoca
la frescura de una fuente

en la arena... El corazón
lo repite lentamente
como una santa oración!

VI

En las salas del Tetrarca
el ritmo lento y sonoro
de las ajorcas de oro
tu paso musical marca.

Tu gesto es una conquista,
y si danzas, Salomé,
la cabeza del Bautista
sangrará bajo tu pie!

Tu amor la Luna pregona,
pues te vió, virgen leona,
rugir ciega de pasión,

refregándote en el hierro
de las rejas del encierro
de Juan, el casto león!

SONETOS

I

Tu nombre es Otoñal. Tiene el encanto
de una tarde de Octubre nebulosa...
Es como el dulce y silencioso llanto
de un recuerdo de amor sobre una fosa.

Tiene la vaga suavidad del raso...
Le brinda á mi dolor la melodía
de una flauta lejana en el ocaso,
llena de una otoñal melancolía.

Evoca el sufrimiento solitario
de la Madre de Cristo, que abrazada
llora al pie de la Cruz, en el Calvario,

y hasta vierte el perfume vaporoso
de una pálida cosa deshojada
en un lento crepúsculo lluvioso!

II

El cuadrado de luz de la ventana,
con su arroyo, su monte y sus olivos,
bajo el dorado azul de la mañana,
semeja un lienzo de los Primitivos.

Un rosal al alfeizar engalana
de verdes tonos y colores vivos,
y lenta, en el silencio, se desgrana
una canción de pájaros cautivos!

Bajo un rayo de sol se ovilla un gato,
mientras yo, contemplando tu retrato,
rememoro la muerta Primavera,

en que, junto al alfeizar, silenciosa,
vi en las tinieblas de tu cabellera
arder las llamas de una fresca rosa!

III

— ¡Amor, mi dulce amor, la vida entera
te esperé! — Me dijiste, acariciando
con tus dedos mi tosca cabellera
que un soplo de pasión iba erizando.

— Al mirarte cruzar la carretera,
mi pobre corazón dijo temblando:

— ¡Ya va á llegar el que tu sueño espera! —
Y se quedó de angustia palpitando!...

Y, tímida, acercando hasta mi oído
el tibio aliento de tus labios rojos,
me susurró tu acento insinuante:

— Entre cien mil te hubiese conocido,
por la altiva tristeza de tus ojos
y la honda palidez de tu semblante!

IV

¡Oh, Juventud! ¡Oh, Juventud!... ¿Qué ha sido
del corazón y de su edad preclara,
de Abril florido y de la fuente clara
donde todos tus sueños han bebido?

¡Vuelve á buscar la senda que has perdido,
el agua que tus labios refrescara,
los negros ojos y la blanca cara
que te dieron la dicha y el olvido!

¡Vuelve de nuevo á ser lo que antes fuiste!...
En las penumbras de la estancia triste
te contemplé morir ensangrentada,

lívido el rostro y desgarrado el pecho,
¡como una novia muerta al ser violada
en su noche nupcial, sobre mi lecho!

V

Un viejo camarada llega á verme,
y de su voz el familiar encanto
siento cómo despierta todo cuanto
en mi florida adolescencia duerme.

El eco de su voz mis ojos cierra;
me hace soñar con cielos de zafiro,
y oyéndole, parece que respiro
los cálidos perfumes de mi tierra.

De pronto surge una silueta amada:
— ¿Y Fulana? — pregunto, todo ansioso...
La voz amiga tiembla emocionada,

y una infinita palidez me cubre
la faz cuando suspira: —Halló reposo
con las últimas rosas de este Octubre!

FIN

INDICE

LAS HORAS QUE PASAN (1900-1902).

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	7
La canción de la vida	25
Las vírgenes	31
Horas fugaces	35
Soledad	39
Sombra	41
Hojas secas	43
Estrella lejana	45
Música de otoño	47
La princesa encantada	49
Ritornelos	53
Oración	65
La ciudad muerta	69
La casa muerta	71
La hora familiar	73
Fantasia morisca	75
Myosotis	79
Aurora triste	97

VELADAS DE AMOR (1901-1903).

Vaguedad de otoño.....	101
Veladas de suavidad y de tristeza:	
Horas grises.....	105
¡Pieta, signor!.....	107
Página blanca.....	111
Crepúsculo.....	113
Perfume de otoño.....	115
Ensueño de un crepúsculo de estío.....	117
Madrigal.....	119
Pastorela.....	121
Nocturno de ruiseñor.....	125
Nocturno.....	127
Invernal.....	129
Acuarela.....	131
Noche de invierno.....	133
Los ojos muertos.....	135
La canción de las hojas.....	137
Ensueño de una mañana de primavera.....	141
Canción de juventud.....	145
Responso.....	149
Rimas de amor:	
I.—Turbia de sombra el agua del remanso	153
II.—Brindándome el tesoro de tu risa.....	155
III.—Eres como un remanso en cuyos claros... .	157
IV.—Insaciables los labios absorbían.....	159
Anunciación.....	161
El poema de la carne:	
I.—Tú serás la Sulammita.....	163

	<u>Páginas</u>
II.—Cuando me dices: — ¡Soy tuya!.....	165
III.—Nuestra cámara envenena.....	167
IV.—Ya, sin poder hablar apenas.....	169
V.—Las claras lunas de Oriente.....	171
VI.—En las salas del Tetrarca.....	173
 Sonetos:	
I.—Tu nombre es Otoñal. Tiene el encanto....	177
II.—El cuadrado de luz de la ventana.....	179
III.—¡Amor, mi dulce amor, la vida entera....	181
IV.—¡Oh, Juventud! ¡Oh, Juventud! ¿Qué ha sido	183
V.—Un viejo camarada llega á verme.....	185
Índice.....	187

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
EL DÍA XII DE SEPTIEMBRE
DE MCMXVI





